

“LA DIVINA PROVIDENCIA” Y “LA PUERTA DEL ESTRECHO” DE  
MAGALLANES EN DOS POEMAS COLONIALES

*THE “DIVINE PROVIDENCE” AND “THE GATEWAY OF THE STRAIT” OF  
MAGELLAN IN TWO COLONIAL POEMS*

Christian Formoso Bavich  
Universidad de Magallanes  
christian.formoso@umag.cl

RESUMEN

Dentro de la escasa representación de las empresas españolas en las geografías del extremo austral americano, hallamos en *Armas antárticas*, de Juan de Miramontes Zuázola (1609), y *Vida de Santa Rosa*, del Conde de la Granja (1711), dos textos épicos que, abordados parcialmente, incluyen sendas representaciones del Estrecho de Magallanes. Este artículo explora dichas representaciones en diálogo con las recreaciones que las mismas obras ofrecen de Lima y el virreinato del Perú. Sostengo que ambos poemas coinciden en representar el estrecho como un espacio otro, cuya fortificación fallida a partir de la experiencia de Sarmiento de Gamboa termina por transformarlo en una naturaleza y una geografía que condensan lo demoníaco, y cuyas disposiciones pueden trastornar, e incluso derrotar, la empresa del cristianismo en el Nuevo Mundo. El adelgazamiento hasta la desaparición de un poema al otro, de las referencias indígenas –asociadas desde Pigafetta a la adoración del demonio–, configuran además en el Estrecho un *locus diabolicus* sin “mediadores”. Al mismo tiempo, exploro las posibilidades de que dicha representación de Magallanes se construya de manera funcional a la capital del virreinato, cuya naturaleza y experiencia religiosa sostienen la fortificación del proyecto imperial español en América.

PALABRAS CLAVE: Estrecho de Magallanes, Miramontes Zuázola, Conde de la Granja.

ABSTRACT

Within the few representations of Spanish endeavors in the far south of the Americas, we find in *Armas Antárticas* by Juan de Miramontes Zuázola (1609), and *Vida de Santa Rosa* by the Count of La Granja (1711), two epic poems that, addressing them partially, include representations of the Strait of Magellan. This article explores these representations in dialogue with the recreations that the same works offer of

Lima and the viceroyalty of Peru. I claim that both poems coincide with representing the Strait as an “other” place, whose failed fortification from Sarmiento de Gamboa’s experience ends up transforming it into a nature and geography. These features condense the demonic, and their dispositions can cause unrest, and even defeat, the venture of Christianity in the New World. Since Pigafetta, indigenous people were associated to the adoration of the Devil. Here, from one poem to the other, the aborigines vanish until they disappear. That configures in the Strait a *locus diabolicus* without “mediators”. Similarly, I explore the possibilities that this representation of the Magellan territory was built in a functional way to the capital of the viceroyalty, whose nature and religious experience sustain the fortification of the Spanish empire in America.

KEY WORDS: *Strait of Magellan, Miramontes Zuázola, Conde de La Granja.*

*Recibido: 14 de febrero de 2019.*

*Aceptado: 10 de mayo de 2019.*

## SOBRE EL ESTRECHO DE MAGALLANES EN LA LITERATURA COLONIAL

Resulta paradójica la escasez de escritura poética en torno a las experiencias históricas a orillas del estrecho de Magallanes durante el siglo XVI. Si, tal como explica Paul Firbas, los viajes de Drake entre 1575 y 1580, y los de Cavendish entre 1586 y 1588, hicieron del Estrecho un punto de convergencia de debates, proyectos coloniales e imaginación poética (*La geografía antártica* 268), resulta al menos curioso y lo plantea también Firbas, en primer término, no hallar un solo poema que tome como materia central el trágico destino de las poblaciones de Sarmiento de Gamboa entre 1584 y 1587; o que incluso, más allá del género, en la época “no se imprimiera ninguna historia o relación que diera cuenta de estos hechos trágicos”. Para entender tal opacidad, tenemos que acercarnos primero al propósito central de la epopeya: “introducir virtud o (...) encender el desseo y amor de ymitar las ympresas magnánimas y gloriosas” (Mártir Rizo en Firbas, *Fracaso, derrota* 134); y luego, al estado mismo del género épico que, hacia fines del siglo XVI, “perdía ya su valor y complejidad regulado por las preceptivas y las poéticas al servicio de la corona” (134). Dicho de otro modo, y ya veremos los alcances, el género épico en América “trazaba un pacto diferente de lectura, donde poética y política resultaban indisociables” (Firbas, *Cuerpo mutilado* 835).

Mauricio Onetto nos recuerda que, con posterioridad al paso de Magallanes en 1520 y hasta el año 1578, viajando desde Europa el Estrecho no volvió a ser atravesado (78). Y ese hecho, sumado a la tragedia del intento de poblamiento de Pedro Sarmiento de Gamboa hacia 1584, presentan al paso austral como materia poco magnánima y menos gloriosa aun para la épica, la poética y la política del imperio español. Por lo mismo, la materia magallánica ocupará un lugar complementario o alternativo en el desarrollo de la epopeya del continente, y aparecerá en los poemas en función

de épicas mayores y mucho más edificantes. Es lo que sucede en los poemas *Armas antárticas* (1609), de Juan de Miramontes Zuázola, y *Santa Rosa de Lima* (1711), de Luis Antonio de Oviedo y Herrera, Conde de la Granja, que toman la materia austral y la incorporan a una línea de representaciones que podríamos trazar partiendo desde el *Primer viaje en torno al globo*, de Antonio Pigafetta –como crónica inaugural– hasta, al menos, los *Viajes al estrecho de Magallanes (1579-1584)*, de Pedro Sarmiento de Gamboa. Son estos textos los que crearon un lenguaje común de código y consenso en torno al territorio magallánico; posible, precisamente, a partir de la operación de estos documentos en el espacio político en que surgieron, cuando crearon no sólo las dimensiones que Lefevre propone para entender el espacio social –del austro magallánico aquí– como un producto social<sup>1</sup>(39), sino también una relación dialéctica entre esas mismas escrituras: los múltiples registros que suceden a la crónica de Pigafetta refuerzan o cuestionan sus descripciones; por tanto, “de una manera acumulativa, las incorporan” (Livon Grossman 16). De hecho, la primera y breve aparición del estrecho de Magallanes en la épica americana la hallamos en la primera parte de *La Araucana* (1569), de don Alonso de Ercilla. Y la escueta mención es clave, pues resulta relevante en representar lo que Firbas llama el “carácter opaco del Estrecho” (*La geografía antártica* 269); esto es, la representación del paso como un lugar de penetración difícil y cuya dificultad puede atribuirse a “‘la falta de pilotos’ o a ‘encubierta/ causa quizá importante y no sabida’ (I, 8s.). Opacidad que, a su vez, será incorporada por los poemas que nos ocupan, no sin que manifiesten, ciertamente, las modulaciones propias que caracterizarán sus acercamientos al territorio austral, y que veremos en detalle.

Yendo a las primeras inflexiones políticas del territorio magallánico que serán abordadas por los textos posteriores, ya Pigafetta en su relación con la Península, ya Sarmiento y su relación con el virreinato y la Corona, enfatizan tanto la lejanía del emplazamiento magallánico con la autoridad, como la proximidad política de la empresa del ‘descubrimiento’ y la conquista. Tal como escribe Sarmiento, a pesar de la distancia, sus hombres están en la línea de “Don Pedro de Alvarado en Guatemala, Cabeza de Vaca en la Florida, (...) y otros muchos” (2: 46, 47). A su vez, la situación de proximidad entre el mundo espiritual de la Corona y el espacio magallánico, también fluctuará entre cercanía y distancia, transformándolo, ya en un escenario de

---

<sup>1</sup> La del desciframiento del espacio (38); relacionada con lo percibido (40); la de las representaciones vinculadas a las relaciones de producción y al orden que ellas imponen (33) y que identifican lo que se vive y se percibe con lo que se concibe; y la que encarna simbolismos complejos, como un código de espacios representacionales (33); desde la dimensión de lo vivido (40).

milagros<sup>2</sup>, ya en el lugar “donde los indios quedarán soberbios, el Demonio vitorioso, nuestros enemigos riéndose de españoles, y todos de nosotros” (Sarmiento 2: 48). Serán, en la mayoría de los casos, las representaciones de los pueblos originarios las que luego concentrarán y desarrollarán este aspecto<sup>3</sup>, aunque el tema de la piratería y la figura misma del pirata cobrará, en esa línea y en la épica, especial relevancia en tanto “arquetipo del enemigo hereje proveniente de los reinos protestantes, rivales del comercio marítimo de España durante todo el siglo XVI” (Vélez 202).

Recurrente en los tratados políticos del renacimiento, otro de los tópicos que se articula dentro de estas obras es la imagen del cuerpo y las jerarquías entre sus partes, que servían para ilustrar “las relaciones y problemas entre los diferentes miembros del cuerpo político” (Firbas, *La geografía antártica* 271). La representación del Estrecho a partir del motivo del cuerpo tiene un antecedente concreto que Firbas rastrea en *Miscelánea antártica* (1586), donde su autor, el clérigo y cronista español Miguel Cabello de Balboa, imagina al nuevo continente como:

Un corpulento y robusto Gigante acostado en el mundo sobre sus pechos, cuya disforme y mal peinada cabeza cae hasta en 55 grados de altura al Polo Antártico, y de esta cabeza degollado el cuello por los 52 y 2 (medio), que es lo que llamamos Estrecho de Magallanes, cuya longitud corre leste oeste. De este cerebro (destroncado de su lugar) nace el grande y osudo espinazo que con mal parejos nudos va haciendo y formando la gran cordillera... los Andes (*La geografía antártica* 272).

Sin olvidar que la descripción carga con la imaginaria de los gigantes “y los primeros relatos sobre la Tierra del Fuego y la Patagonia”, en esta representación, lo americano monstruoso de la tradición de la épica suma, asociando al Estrecho, una

---

<sup>2</sup> En septiembre de 1520, Pigafetta narra los avatares sufridos durante una tempestad: “la escuadra estuvo a punto de naufragar a causa de los furiosos vientos que soplaron y de la mar gruesa. Pero Dios y los cuerpos santos (...) nos socorrieron, salvándonos” (64). Por su parte, Sarmiento, en febrero de 1580, relata un hecho de connotaciones similares: sin viento para navegar, la tripulación se encomienda a Nuestra Señora del Valle, y Pedro Sarmiento se ofrece como romero: “súbitamente la reina de los Ángeles, Madre de Dios y de misericordia, nos envió un vientecito fresco, con que la nao fue saliendo y cortando la corriente” (1: 112).

<sup>3</sup> Con posterioridad a la toma de posesión del territorio y la fundación de Nombre de Jesús, Sarmiento relata el siguiente encuentro con los nativos: “luego llegó el caudillo indio (...) pidió una flecha, y paseándose y encorvándose el cuerpo, se la metió con su mano por la boca y gatzate hasta las plumas, y luego se la tornó a sacar llena de sangre (...) Y creo que es aquel sacrificio que hacen al Demonio” (2: 40, 41). A partir de relatos como este, los textos imperiales que siguen, explotan la representación de la relación entre los indígenas, el demonio y el espacio magallánico, para explicar el fracaso del intento poblador de Sarmiento en el Estrecho.

connotación adicional de violencia con los términos “degollado” y “destroncado”. Firbas, además, hurga en la genealogía de la imagen, y sugiere que la caracterización del nuevo territorio en Cabello de Balboa podría tener relación directa con un mapa de Johann Putsch que circuló hacia mediados del 1500, donde Europa se representaba en forma de virgen-reina, y cuya cabeza era la Península Ibérica. Representar al mundo americano de esa manera, concluye, sería “una respuesta al orden y buena postura de la reina virgen” (*La geografía antártica* 272). En efecto, siguiendo la equivalencia, el Estrecho, tal y como aparece en la descripción, representaría la decapitación de aquel orden; aunque también es posible observar que el nacimiento de los Andes desde el corte de la cabeza del monstruo –“nace el grande y osudo espinazo”–, puede sugerir el surgimiento de una cabeza que, aunque no está en el mapa, se desplace hacia los Andes en busca de ese orden imperial, y que en Lima ciertamente hallará su concreción. La descripción monstruosa y decapitada del continente propone, además, una interpretación del mundo violenta y perturbadora (Firbas *La geografía antártica* 271-3), donde el Estrecho sería, precisamente, cicatriz, prueba y reducto de esa violencia.

#### *ARMAS ANTÁRTICAS Y EL ESTRECHO DE MAGALLANES: “QU’EL VARIO ACONTECER, SIN DUDA, HA SIDO/ MERCED DE LA DIVINA PROVIDENCIA”*

*Armas antárticas*, el poema de Juan de Miramontes Zuázola, escrito en Lima hacia 1609, se configura entre la continuidad y la ruptura del mundo de los conquistadores y el de la sociedad colonial de fines del s. XVI. La obra reconfigura el mapa geográfico y social del virreinato, estableciendo entre Panamá y Magallanes un territorio de encuentros –entre españoles, corsarios, ingleses, negros cimarrones e indios caribes bandoleros y, en este esquema, aborda el intento de poblamiento de las costas del estrecho de Magallanes (Firbas en Miramontes 17). Tomando Lima como centro del mundo colonial, el poema indaga en las mal controladas o del todo abandonadas regiones de Panamá y Magallanes “que socavan el discurso épico del imperio y su luminosidad heroica” y “se abre a las vacilaciones y opacidades de la colonia” (Firbas *Armas antárticas y la poesía* 32).

Los aspectos políticos e históricos que se relacionan con la representación del Estrecho en *Armas antárticas*, se basan en la posibilidad de que Miramontes haya hecho lectura de las *Relaciones* de Sarmiento, y que, incluso, haya trabajado con testigos de los hechos, incluyendo a Tomé Hernández (Firbas *Fracaso, derrota* 143). Encargado de “la expedición enviada por Toledo al estrecho, a fin de cerrarle el paso a Francisco Drake” (Vargas Ugarte 276), Sarmiento exploró las costas australes entre el 21 de enero y el 24 de febrero de 1580 (Martinic 62, 66). Sus observaciones provocaron un segundo viaje en que, ocupando el cargo de Gobernador del Estrecho, fundó en 1584 los enclaves de “Nombre de Jesús” y “Rey Don Felipe”. Luego de un accidentado derrotero, y después de ser apresado por ingleses y hugonotes, Sarmiento regresó a

España en 1587, mientras “el hambre, los indios y los rigores del clima consumían a los habitantes de la nueva población. No quedaban sino unos quince, cuando en diciembre de 1586, aportó por aquellas soledades el pirata inglés Cavendish” (Vargas Ugarte 277), quien rescató a Tomé Hernández, único colono que se atrevió a embarcar en la nave inglesa. Cavendish bautizó el lugar con el nombre de *Port Famine*, hoy *Puerto del Hambre*. Como señala Vargas Ugarte, “Todo pareció conjurarse para impedir el establecimiento de poblaciones en el Estrecho y el paso del pirata Cavendish, a raíz de estos sucesos, fue la mejor prueba de que se había trabajado en vano” (277).

Cuando Miramontes concluye la escritura de su poema, han transcurrido alrededor de veinticinco años desde aquellos hechos. Probablemente un cuarto de siglo parece tiempo suficiente para volver sobre el desastre que implicó el fracaso definitivo del poblamiento de las costas de Magallanes, e intentar cerrar una explicación: “Qu’el vario acontecer, sin duda, ha sido/ merced de la divina providencia” (oct. 1509). La ‘divina providencia’ entonces es la figura que, de alguna manera, asoma en el imaginario, tanto de la Península como del Virreinato, para entender ese punto oscuro –y opaco– en la historia de la expansión imperial española<sup>4</sup>. Y en efecto, estamos ante una mirada que sitúa la explicación de ese fracaso más allá del entendimiento y la voluntad humanas, y que hace del espacio magallánico, en las múltiples maneras en que lo aborda, depositario absoluto de esa dimensión.

La relación de Miramontes que nos interesa, es la que se da en los cantos XVIII y XIX de su poema, cuando sigue de cerca la figura del navegante por los derroteros del Estrecho. Y lo hace con un lenguaje que destaca del resto del poema, por su densidad de “lenguaje religioso”, donde la ira de Dios, lo “oculto y escondido” (*Fracaso, derrota* 141), son lo definitorio del poblamiento aun antes de que éste comience.

Si la mirada política de esta obra viene determinada por la adaptación de su poética “a la política del Imperio y a las experiencias del mundo colonial” (Firbas *El cuerpo mutilado* 835) y, del mismo modo que Rolena Adorno identifica en *La Araucana* un triunfo literario frente al rostro del fracaso histórico (66), podemos ver desde ya cómo, en *Armas antárticas*, la explicación de la derrota de la empresa de Sarmiento –que es decir la empresa española– quiere transformarse en triunfo no sólo por medio de la obra misma, sino también del argumento divino, representando un Magallanes esencialmente cargado de atributos que hacen inevitable el curso de los acontecimientos. El territorio del Estrecho, por voluntad divina, es el único responsable del fracaso del proyecto político de la Corona.

---

<sup>4</sup> El año 1609 es además un año de convergencia de eventos políticos para España: en abril se firma la Paz de los Doce Años entre España y los holandeses, y en el mes de septiembre Felipe III comienza la expulsión de los Moriscos de Valencia (Feros 60).

Recordemos que el Estrecho, tanto antes como después del paréntesis que significa la gesta de Sarmiento, permanecerá cerrado para la ocupación territorial hasta la llegada del estado chileno y la fundación del Fuerte Bulnes en 1843. En *Armas antárticas*, encontramos ya al comienzo del canto XVIII, que Miramontes advierte: “el saber lo oculto y escondido/ nos fuera documento de licencia/ para estragar o concertar la vida” (1509). El objetivo del conocimiento de eso “oculto” y “escondido”, permitirá entonces actuar con libertad y en prevención de eso “no esperado” (1510), que podría amenazar el destino de la Corona, “pues se ven las soberbias monarquías/ crecer y declinar por varias vías” (1510). Estas primeras octavas dan cuenta de la importancia política del conocimiento del territorio del Estrecho para asegurar la estabilidad del Imperio. La situación se desarrolla entre las octavas 1522 y 1526, con la entrevista en España entre Sarmiento y el Rey, donde el propósito político de ocupación del espacio austral, aunque asumido, aparece postergado o soslayado por el deseo de evangelización: “el católico oído al rey inclina/ a que cristianamente se moviese,/ que a falta de evangélica doctrina/ aquella multitud no se perdiese./ Con esto, el gran monarca determina/ que a poblar el estrecho gente fuese./ con doctos, sacerdotes elegantes,/ que diesen lumbre a tantos ignorantes” (oct. 1525). La relevancia de la dimensión política del control del Estrecho, sin embargo, a causa de la irrupción de la figura de los corsarios, se hace evidente en la octava 1527, que recoge el mandato del rey en función de que: “el paso también fortificase/ a la entrada, que al mar del Sur han hecho/ corsarios-albianos”. Drake y los piratas ingleses<sup>5</sup> aparecen aquí “como el segundo motivo en las negociaciones de España”, aunque en realidad “habían sido la razón fundamental de la expedición de Sarmiento” (Firbas *Armas* 575).

Esta relevancia marcada de religión y nacionalidad, comienza a configurar el espacio que marca las oposiciones que operan en la creación del imaginario del poema. Primeramente, porque cuando Miramontes consigna las ordenes de Toledo a Sarmiento, con la mención del Estrecho tanto se establece la relación entre el Estrecho y la Corona, como a la vez se ubica al canal y a la región magallánica fuera de los límites de España: “con orden entregó que por la extraña / quiebra de Magallanes, vaya a España” (oct. 1513). Como vemos, no sólo el vínculo está omitido, sino que el accidente geográfico del Estrecho se describe como una “extraña quiebra”, con lo que algo de la relación que se consigue parece impugnada por una ‘extrañeza u otredad’, y una ‘quiebra’ al menos de la unidad imperial. Luego, más adelante y a la salida del Perú, queda claro que el espacio del Estrecho tampoco se asocia al espacio virreinal, ni menos a Chile: “De las naves al Sur puesta la frente / pasó de Chile” (XVIII, 1518). A partir de allí, el Estrecho comienza a congregar una serie de relaciones de oposición que

---

<sup>5</sup> Albianos como naturales de Albión, antiguo nombre de Inglaterra (Firbas *Armas* 490).

terminan por delinear con claridad que, si bien su lugar está fuera de cualquier espacio imperial establecido, ya está a su vez incorporado al imperio, aunque extremando las oposiciones de sus características más relevantes, de la manera más dramática posible.

Este juego de oposiciones comienza sin embargo antes, en el espacio del Perú. Esto, porque, como citamos, el poema se ordena a partir de Lima como centro del mundo colonial y porque, tal como en el caso de los demás textos épicos americanos, la estructuración del poema se concibe a partir de la tensión “entre la celebración del Imperio y las miserias de la colonia”, y donde además se deja entrever que el orden –Lima– es imperial y el caos, americano (Firbas *El cuerpo mutilado* 832-833); o, específicamente aquí, magallánico.

En efecto y como veremos, en el poema se exagera la condición negativa del Estrecho a través del contraste en la descripción del entorno limeño, del que Sarmiento zarpa en su primera travesía: “Cuando en el abundante y fértil vega/ llana, apacible, grata y espaciosa,/ que el caudaloso Lima inunda y riega,/ se muestra la frescura más hermosa;/ las velas de los árboles despliega” (oct. 1515). En ese espacio virreinal, los adjetivos positivos inflaman la descripción de un entorno paradisíaco; incluso los árboles se describen indirectamente relacionados con la travesía de Sarmiento a través de la imagen de sus velas desplegadas, dando la impresión de un territorio navío cuya empresa, producto de sus características y en concordancia con su descripción, no puede ser sino espiritual y productiva.

El Estrecho, a diferencia de lo que vemos en Lima, presenta una naturaleza adversa apenas aparece en el poema: “El fuerte y recio temple, el frío inclemente,/ de la altura del Sol la cierta lumbre/ le aseguró que estaba en los afanes/ del encorvado estrecho Magallanes (oct. 1518). Los adjetivos ‘fuerte’, ‘recio’, ‘frío’ contrastan dramáticamente con el espacio virreinal, y aunque los dos primeros parecieran incluso halagadores, terminan asociados a una extremosidad que hacia el final de la octava muestra una posibilidad ‘encorvada’. La zona es una ‘región dura y remota’ (oct. 1519) y el poeta nos devela el porqué de esa figura: “mil lastimosos casos esquisitos/ que ni en moderna ni en antigua historia/ por no se conocer se hallan escritos,/ de cómo Lucifer a Dios la gloria/ debida usurpa y con nephandos ritos/ se hace adorar en todo aquel paraje” (oct. 1516). Si el demonio ‘se hace adorar’ en el espacio del Estrecho, es porque ese culto proviene de los efectos del paisaje sobre lo moral. Como leemos más adelante: “nuevos aires, tierra, temple y cielo; / crece el mal, mengua el bien, falta el sustento” (oct. 1570).

Frente a la Corte peninsular y con Sarmiento, que “de allí a nuestra España, ante el rey llega” (oct. 1521), el poema propone el vínculo entre el canal y el corazón del imperio, una vez más para realzar la oposición. Es así como, para acceder al rey, en la misma octava, el cielo y el mar han cedido la resistencia que muestran en el Estrecho y se entregan armónicos al propósito: “mostróse sin rigor, tratable el cielo, / blando el furioso viento, el mar propicio.” La entrevista con el rey, “a cuyos pies cathólicos



postrado” se ubica Sarmiento, precede a una descripción cristiana que ocupa toda la octava 1523 y la mitad de la estrofa siguiente y que, como en un paneo, va desde los pies del monarca hasta el lugar del “que resucitó y está asentado/ en el trono de Dios, al diestro lado”. La Corte se configura como un espacio pleno de cristiandad, resaltando una vez más la extrema oposición de las relaciones entre los emplazamientos imperiales y el magallánico.

Hay, adicionalmente, una serie de exploraciones en el poema, tocantes a la otredad del Estrecho. Y, específicamente, una connotación que pertenece más bien al nivel metatextual de las representaciones. Si consideramos la escritura básicamente como un ‘decir’, habría un momento en *Armas antárticas*, en que cierto aspecto del Estrecho la transformaría en su propio opuesto. Porque el poeta puede cantar la gesta, pero no los “nefandos ritos” con que Lucifer “se hace adorar en todo aquel paraje”, entendiendo “nefandos en su sentido más estricto: hechos de los que no se puede hablar” (Firbas *Fracaso y épica* 141). Es la otredad del Estrecho la que de algún modo se cuele en la escritura misma del autor.

Otras modulaciones de la otredad se continúan articulando. Significativo es el momento en que, para Miramontes, el Estrecho se transforma temporalmente en un espacio donde lo incompatible funciona transitoriamente de manera complementaria y articulada. En efecto, no deja de llamar la atención la manera en el poema refiere el encuentro entre Tomé Hernández y el inglés ‘Escandi’ o Cavendish. El Estrecho, en este punto, asoma como un espacio donde la cooperación entre españoles e ingleses, ambos apoyados en sus propias versiones del cristianismo, se hace posible. Aunque ya conocemos la posición de los españoles respecto de la estirpe moral de los británicos, Cavendish aparece aquí descrito ante Tomé Hernández como un “noble inglés”, en quien el español puede hallar “obras de hermano” (oct. 1585 y 1586). Esa descripción se hace posible sólo en las circunstancias del Estrecho y ante la tragedia de *Puerto del Hambre*. Y Hernández actuará de acuerdo con ella sólo hasta llegar al territorio chileno de Quintero. Una vez en tierra firme, el relato del sobreviviente vuelve a describir a Cavendish y a los suyos como “cismáticos contrarios,/ prevertidos ingleses y corsarios” (oct. 1612). Como vemos, fuera del emplazamiento del Estrecho, los niveles incompatibles vuelven a su ubicación antagónica naturalizada para la época.

En esa misma línea de ruptura, más dramático resulta para los españoles el exponerse a un espacio carente “de culto y uso de razón” (111), como acaba presentándose al Estrecho, para enfrentarlos a una circunstancia cuyo efecto será catastrófico: “Pues dio ocasión la hambre intolerable,/ hórrida, enorme, más que furia airada,/ a un hecho criminal y detestable,/ que sólo cupo en alma depravada;/ porque un fiero soldado, inexorable,/ mató para comer su camarada,/ y siendo convencido en el pecado,/ (menos que mereció) murió encubado” (oct. 1576). Esta escena de antropofagia practicada por los mismos españoles en Magallanes, configura una representación de

la fuerza transformadora del territorio, y provoca además una nueva ruptura, esta vez en la condición moral del español, que muere ‘convencido en el pecado’.

En *Armas antárticas*, la representación del Estrecho también considera una corporeidad que, desde distintas aristas, asume el corte y la violencia como marcas de identidad –recordemos el motivo del cuerpo en la *Miscelánea antártica* (1586), de Miguel Cabello de Balboa–. El Estrecho, cuya corporeidad asoma como “garganta / que ha dado de inquietud materia tanta” (oct. 1512), y como “la ignota / y angosta boca” (oct. 1519), aparece primero asociado a lo “ignoto” y a lo que provoca “inquietud”, sin corte ni violencia directa. Más adelante, sin embargo, lo corporal se exagera con un “término anatómico” que en sí conlleva la idea de corte: “donde a nuestro monarca represente/ en mapas, en figuras, relaciones,/ con la suerte y costumbres de la gente,/ el sitio, discepción y graduaciones” (oct. 1514); y donde “discepción” sería una variante formal de “discección”, en el sentido de anatomía, “que aquí bien podría significar ‘análisis detallado de un cuerpo o territorio’” (Firbas *Armas antárticas* 571).

El corte como espacio del Estrecho se sigue desarrollando al comienzo del canto XIX, donde incluso encuentra su genealogía: “Sintiendo Lucifer que cuanto estraga/ su ministro Lutero en Alemaña/ la católica fe, tanto propaga/ en Indias el valor de nuestra España,/ quitándole el nephando feudo y paga/ que sus atas de sangre humana baña,/ pretendió, por los medios de la guerra,/ cortar las tiernas plantas de esta tierra.” (oct. 1591) Este espacio entonces, “que ha dado de inquietud materia tanta”, tiene en sus enemigos políticos y en Lucifer, el origen de sus preocupaciones, con la figura del demonio asociada al ‘cortar’, y el corte asociado todo el tiempo, como hemos visto, al Estrecho. En el fondo, lo que Miramontes propone es una suerte de genealogía política de administración del espacio del corte, inspirada ciertamente y además en relaciones de tipo religioso. Así, en la octava 1592, el poeta atribuye a inspiración diabólica –sería quien instiga– la razón de los ingleses para utilizar el paso austral: “A este fin, persuadiendo a sus secuaces/ ingleses, que rompiendo el mar profundo,/ se muestren en sus hechos tan audaces,/ que den inquieta guerra al Nuevo Mundo”.

Un último, y no menos relevante tratamiento de la otredad, hemos de observarlo en las vinculaciones y los efectos que el texto pone en juego a la hora de incorporar y silenciar la presencia indígena, que se inicia con la toma de algunos de ellos por parte de Sarmiento: “y de quien la intratable tierra habita,/ seis bárbaros tomó, para que vea/ nuestro invicto Philipe, rey segundo,/ la gente que produce el fin del mundo” (oct. 1520). Aquella es la primera y única cita que Miramontes hace de los indígenas durante el primer viaje de Sarmiento: ‘seis bárbaros’. Una vez en la Corte, no obstante, habrá una significativa variación. Evidentemente, la voluntad de impulsar la empresa requiere, en cuanto al motivo de la evangelización, de más de seis destinatarios. Así, el rey, refiriéndose a la empresa –recuperamos la cita–, manda “que christianamente se moviese,/ que a falta de evangélica doctrina/ aquella multitud no se perdiere” (oct.

1525); aunque de aquellas ‘multitudes’ indígenas no haya otro rastro hasta aquí en el poema.

Más adelante, en las octavas 1151 a 1155, y ya entrando en el segundo viaje de Sarmiento, Miramontes narra el avistamiento, la descripción y el trato con indígenas. En lo esencial, la representación de ellos no difiere grandemente de sus moldes y de su tradición. A la relación con la “intratable y peñascosa tierra” asociada a su dominio, se agrega la descripción de “las flechas emplumadas” con las que “traen dellas las cabezas coronadas”, de sus cuerpos “formidables, gigantes”, de cuán “fuertes, ligeros, ágiles y prestos” se desenvuelven, y del trato de “amistad por señas” en el que “cada nación usó sus modos”. La descripción de Miramontes, sin embargo, parece tender de algún modo a moderarse: si dice “giganteos”, dos octavas más adelante menciona al “semigigante”.

Curiosa resulta aquí la narración de un enfrentamiento entre españoles —“gente marcada en el bautismo”— e indígenas, quienes “quedan sobre el suelo desgranados” y cuyas “blasfemas almas” van “al abismo” (oct. 1559). Esta dicotomía, que prolonga la tradición y que tendrá larga traza en los registros representativos de los indígenas australes, continúa sin embargo complejizándose en el poema, especialmente en el entierro en territorio austral de uno de los españoles caídos en la batalla (oct. 1560, 1561). La escena da paso a una narración que ha visto articulando sus elementos desde Pigafetta; podemos citar la escena: “Un día que le mostraba la cruz y que yo la besaba, me dio a entender por señas que Setebos me entraría al cuerpo y me haría reventar. Cuando en su última enfermedad se sintió a punto de morir, pidió la cruz y la besó, rogándonos que le bautizáramos; lo que hicimos dándole el nombre de Pablo” (34). La relación entre el territorio y el riesgo para el cuerpo del cronista, el efecto milagroso de la cruz y la conversión al cristianismo, se articula también en la escena del entierro. Los testigos indígenas bajan de la sierra a ver la ceremonia; y es entonces cuando el poema señala que resplandece “la cruz de gracia llena” y “la indiana plebe” se ‘prosta’ “adorándola en la arena” (oct. 1563). La adoración, en este caso, continúa con el daño específico al cuerpo del español, que venía anunciándose desde Pigafetta y que aquí se concreta: “Cavaron en la tierra y descubierto/ el frío cuerpo del fiel christiano./ desentierran y entierran otro muerto/de un bárbaro que estaba en aquel llano” (oct. 1565).

En Miramontes, la representación del indígena, como vemos, abre en cierto modo un camino ambiguo. La relación que se establece entre el cuerpo europeo y la religiosidad en el territorio, se divide aquí entre la concreción de los efectos del daño físico presente desde la primera enunciación reventar con Setebos, exhumar el cadáver, y la ‘ambiguación’ de la carga moral por ese daño, en tanto la actuación del indígena resulta inspirada por los efectos de una imagen divina, aunque también haciendo eco de aquellos “nephandos ritos” con que Lucifer “se hace adorar en todo aquel paraje”.

La más significativa ambigüedad del poema viene, no obstante, de la explicación final del fracaso de la empresa. Luego de mencionar en la octava 1545 que en

ocasiones se “pretende hacer a Dios servicio/ y su inmenso saber no las consiente”, Miramontes agrega que la evangelización finalmente “pues no se cumplió ni fue tu gusto,/ oculto es tu juicio, Señor justo” (oct. 1546). Y si el juicio de Dios es oculto, la razón última del fracaso es inefable. La inversión que provoca Miramontes aquí es significativa, pues lo no narrable no es el indígena, que aparece alternativamente diabólico y cristianizado, sino los designios de por qué Dios no quiso la empresa en el Estrecho, haciendo fracasar la causa de la Corona que comparten así estatuto con los “nephandos ritos” para el que “el pobre talento” de su pluma, resulta “cosa tan grave insuficiente” (oct. 1517). Miramontes yuxtapone así, en esta zona, lo heterogéneo al centro de su propia experiencia cultural, asumiendo el efecto del Estrecho en el corazón mismo de su propia escritura.

### SANTA ROSA DE LIMA Y LA PUERTA DEL ESTRECHO

“Santa Rosa de Lima”, el poema de Luis Antonio de Oviedo y Herrera, Conde de la Granja, se publica en Madrid en 1711. Poema heroico y hagiografía, el autor elogia la vida de la santa nacida en Lima en 1586, y fallecida en esa misma ciudad en 1617, quien “con humilde corazón profundo/ triunfó de Lucifer, de sí, de el mundo” (I oct. 1). Las octavas reales que componen sus doce cantos, además, dan cuenta de la grandeza y la posición de Lima en el valle del Rímac, de algunos eventos en la conquista del Perú y de las expediciones de Drake, Hawkins y Spilberg (Moses 335).

Dos grandes líneas de acción cruzan el poema: la primera de ellas “reelabora un episodio extraído de *La historia general del Perú* del Inca Garcilaso de la Vega, en el cual se narra una confabulación contra Lima y –por extensión, contra el Imperio Español– llevada a cabo por Vilcaoma y el inca Yupangui”; y la segunda, que aborda las empresas de Francis Drake, Thomas Cavendish y George Spielbergen –“piratas (de origen inglés y holandés) paradigmas de la herejía protestante”– y sus intentos por “apoderarse de los tesoros porteños del Virreinato, así como del dominio territorial de sus costas” (Vélez 154-5). En el poema, y de acuerdo a las convenciones propias del género hagiográfico, tal como señala Vélez, el adversario por excelencia es el Demonio (146), que actúa en alianza con indígenas y piratas, grupos que por razones políticas, religiosas o económicas “se oponen, en la configuración de lo que debe ser el macrocosmos de la civitas limana, a los intereses del Imperio” (147-8); y que, de acuerdo con las convenciones propias de la épica culta americana, deben ser derrotados y castigados (Vélez 201-2).

En ese contexto, encontramos que el poema además permite observar la relación entre las diferentes geografías del mundo americano, tal como el poema de Miramontes Zuázola, poniendo a Lima al centro de él. Por su parte, el Demonio, “en este escenario, viene a configurar, junto con sus aliados, un espacio negativo y adverso (un *locus diabolicus*) en el que se exponen aquellos elementos que constituyen

una amenaza para la salud pública de los ciudadanos, de los vasallos de su Majestad Católica” (Vélez 147-8).

En esta configuración hallaremos al Estrecho de Magallanes como parte entonces de ese *locus diabolicus*, lo que coincide con las connotaciones valóricas asignadas al territorio por Miramontes Zuázola aunque, como veremos, con una significativa reducción de sus elementos. La zona del Estrecho en el poema articula el paso de los navegantes ingleses Drake y Hawkins, y de la expedición holandesa de Joris von Spilbergen. Ortiz nos recuerda que en abril de 1615 la flota de Spilbergen inició el cruce del estrecho de Magallanes, y que alcanzó el Pacífico el 6 de mayo (100), siguiendo una serie de incursiones e intercambios en costas chilenas, avanzando hasta las costas del Perú –donde destruyó casi en su totalidad a la Armada Virreinal de Cañete– y alcanzando el Callao (Vélez Marquina 199). El poema aborda estos periplos en función de la acción de Santa Rosa y el pánico de los habitantes de Lima por una invasión de quienes, por su condición de herejes, podían cometer los sacrilegios más detestables (230).

El poema se abre dando voz al motivo del poeta: “de sagrada heroína canto glorias”, para luego, a contar de la octava 14, desarrollar un extendido elogio de la ciudad de Lima. Aquí, la capital del virreinato no surge “fundada”, sino que “parece producida de la fecunda idea en el deseo” (I oct. 22); lo que parte destacando la idea de armonía entre ciudad, naturaleza y propósito divino, donde todo lo bueno que el autor sea capaz de decir de ella “es, solo un diseño, como el que cifra un mundo a mapa breve” (I oct. 37).

El tópico del cuerpo humano como representación del territorio, se articula primeramente en este poema desde la relación entre el cuerpo femenino y el enclave andino. Para entender mejor la representación de Lima en ese contexto, nos es útil el concepto de prosopopeya que Arias Montano explica como el hecho de atribuir “a cosas inanimadas personalidad y palabra, como cuando inventamos que los países, ríos o algo de ese género hablan” (en Firbas *Gallardas damas* 258). Si, como además agrega Firbas, “la imagen de Lima no habla directamente en los textos”, sí podemos encontrar en este poema una Lima que, como espacio de batalla, tiene correspondencia con una mujer limeña que es Santa Rosa, y que se completa con el cuerpo de la santa, adquiriendo la ciudad, por ende, un aspecto de santidad.

En ese contexto, los elementos del elogio abordan su clima, “pues tan benigno es, cuanto constante” (I oct. 16); los atributos de su entorno que, como ya citamos, hacen que la ciudad sea “producida”, que surja de manera casi natural, y que es el modo en que todo aquello que la constituye también parece erigirse. Sus construcciones religiosas “De magníficos templos la eminencia/ sube a escalar el cielo y le conquista” (I oct. 23), tendrían un diálogo de origen con los elementos de la naturaleza y, juntos, producirían una ciudad, un paisaje celestial en que cielo y tierra parecen hasta confundirse: “rosas” y “ganados”, entre cerros y cumbres, floridas y nevadas a un tiempo,

“entre la verde grama estrellas pacen/ con las del firmamento equivocados” (I oct. 44). Así, la ciudad andina oct. –“ninguna a Lima iguala, a todo excede” (I oct. 62)–, es el lugar ideal para que nazca una santa: “Lima es solo quien pudo merecerla” (I oct. 92).

Lo que queremos observar de estos elementos de la representación de Lima y el virreinato, es la posición que muestran en relación a las representaciones de lo indígena y el mundo natural americano, donde encaja el espacio del Estrecho.

En efecto, la “naturaleza inculta”, que sería la americana, se ofrece como obstáculo: “el paso cierra/ al pies español” que, sin embargo y a pesar de “horizontes/ montañas de indios, piélagos de montes” (68), alcanza a conquistar sus límites y expandirse hasta alcanzar su “confín del estrecho Magallano” (I oct. 74). Lo que el poema deja en claro es que, así como Lima es productora de santidad y “mereció derramase mano culta/ el grano de la fe”, los elementos de estos territorios, “tierra erial, bárbara inculta”, alejados de la santidad del mundo andino, “en los indios produjo su maleza” (I oct. 84).

Avanzando en el poema, los cantos II, III y IV se centran en la hagiografía misma y los episodios de Rosa, donde la lucha contra “la vanidad” (II oct. 53) y los “enemigos capitales del alma” (IV oct. 33), transforma su cuerpo –“la greña” (II oct. 65), “la piel grosera” (IV oct. 56)– en un campo de batalla acechado permanentemente por la presencia y la influencia del demonio; quien, pese a sus esfuerzos, no logra apartarla de su camino santo. El canto V, en cambio, marca una variante en los ejes de la acción: Rosa toma finalmente los hábitos y el diablo, derrotado, se aleja del cuerpo de la santa y se desplaza fuera de los límites de la Lima sacra, para articular la relación y la acción entre los elementos diabólicos y los territorios lejanos.

Es en este canto donde encontramos la voz de Luzbel configurando el *locus diabolicus* del volcán Pichincha en Ecuador, donde se encuentra el elemento sacrilego indígena –el mago Bilcaoma y el inca Yupangui–, y desde el que articulará además la relación con los otros herejes, los piratas ingleses y holandeses, enemigos del imperio: “Desde esta plaza de armas haré guerra/ al cielo y al Perú, y de el Averno/ la traición y ambición sacaré a tierra,/ Polos en que se afirma mi gobierno:/ de Holanda he de traer y de Inglaterra/ armas y dogmas que con filo alterno/ de la española sangre viertan mares/que aneguen los católicos altares” (oct. 119).

La promesa de guerra que el demonio enuncia, ya en el plano político aunque siempre con el “filo” de las armas morales –“traición” y “ambición”– ensambladas desde el “dogma”, busca la venganza por la derrota que la santa le ha infligido en los “católicos altares”; altares que con ayuda de ingleses y holandeses quiere hacer zozobrar.

El canto VI del poema, tal como hizo el primero con Lima y su *locus amoenus*, se centra en la descripción del territorio del volcán Pichincha, y su consecuente configuración de *locus diabolicus*. Su cono será “Este bastardo aborto de la tierra / monstruoso embrión de tu eriazó” (oct. 49), a la vez que “el sitio más remoto/ de su tajado bárbaro recinto” (oct. 50), donde “la ruda peña forma un hueco oscuro/ donde

la tierra en sí se ve enterrada/ y el miedo de otro, que de sí seguro:/ guarda el horror la cavernosa entrada/ mucho más que el tenaz portátil muro/ al viento, que es quien solo entrar pretende,/ y sin puerta el umbral se lo defiende” (oct. 51). Lo “monstruoso”, lo “remoto” de la ubicación, el “tajado”, el “hueco oscuro”, la “tierra enterrada”, la “entrada”, el “viento” y el “umbral”, son elementos que aquí enfatizan el vínculo de esas características con los dominios de Luzbel. Y aun cuando aplicados al volcán, son elementos que, más adelante, serán asociados también al imaginario del Estrecho.

Esta relación de presencia ausente del Estrecho en el poema que comienza a articularse en los confines de lo demoníaco y de lo bárbaro, tiene en el canto VII del poema una nueva enunciación. Allí, Luzbel explica a los demás demonios que, incapaz de detener a la iglesia católica en el Nuevo Mundo, “cebó a los españoles en codicia” (oct. 26), y que “la Traición moverá sublevaciones/ de Tierra Firme hasta los araucanos” (oct. 42). La marca relevante en el verso, es el límite de la experiencia, determinado por los indígenas “araucanos” y no por el territorio de Arauco. Esta precisión, sin duda relacionada con la épica del ciclo de Arauco, deja sin embargo, al territorio del Estrecho fuera de esos límites pues además, como veremos, los indígenas del Estrecho no serán mencionados en el poema. La relación entre el territorio austral y Luzbel mismo entonces, no tendrá intermediarios, y el demonio mismo tomará el control de los elementos naturales del paso austral.

Luego del canto VIII, donde el poema aborda la conquista del Perú, y del canto IX, donde Rosa escucha directamente la voz de Dios –“Rosa del corazón, tú eres mi esposa” (oct. 82)–, Luzbel, totalmente derrotado, en el Canto X señala que, con ayuda “de Traición y Ambición”, y “con engaño”, habrá “de mover a Olanda y Anglaterra / para hacer contra el cielo a Rosa guerra” (oct. 15). Los desplazamientos de Ambición, desde “Cartajena remontando” (oct. 16), cruzando el “ancho Océano” (oct. 17), pasando por España y Francia (oct. 18), la llevarán hasta Londres donde, usando el “disfraz político” de Ana Bolena (oct. 20), madre de la reina Isabel, le hablará a la misma reina para convencerla de la alianza entre ingleses y holandeses, que articulará la derrota del imperio y el cristianismo. “Draque”, familiarizado con “las tierras, las estrellas/ De aquella gran rejion” seguirá a Panamá (oct. 27), mientras que “Por la boca que abrió al Sur Magallanes”, podrá entrar “Ricardo Aquines” –Richard Hawkins– (oct. 29). El Estrecho será entonces una boca-pasaje, una geografía articulada en los proyectos de la Ambición y el demonio. Más tarde, en el mismo canto, luego de la derrota y la captura del pirata “Aquines” por don Beltrán de Castro, y en el canto siguiente, con posterioridad a la muerte de “Draque” –“aquel monstruo de la mar temido”– (oct. 92), Luzbel mismo hablará, “con su cara descubierta”, incitando el paso de los holandeses por el austro, y dejando en evidencia quién está en posesión de esos dominios: “Yo del Estrecho os abriré la puerta” (oct. 110).

En todo el episodio del viaje de “Jorge Espilberghen, diestro marinero” (oct. 111) y los holandeses, la geografía y los elementos climáticos del Estrecho son personificados

bajo condiciones dramáticas, escenificando una vez más el caos americano y extendiendo el decorado más adecuado para los turbulentos fines de los enemigos de la fe: “de islas penetra un laberinto ciego,/ que confunden la entrada al Magallanes,/ no permite su altura al mar sosiego/ ni templanza a los fieros huracanes,/ antes su estrecha boca más violentos/vomita mares y bosteza vientos” (oct 117). La corporeidad, asociada una vez más al paso del austro, se vuelve conflictiva y opaca: la geografía es confusa, laberíntica y “ciega”; no hay “sosiego” ni “templanza” entre sus elementos, y la boca, que se ha vuelto “estrecha”, está saturada en fondo –“vomita mares”– y superficie –“vientos”–. La conjunción de estos elementos, antes que aparecer como obstáculos para los navegantes holandeses, se articula para mostrar la sustancia del Estrecho en estricta oposición con la geografía, la naturaleza y la corografía del virreinato; a la vez que del todo relacionados con el propósito del paso de estos enemigos, es decir, con la destrucción de Lima. Si los navegantes enemigos atraviesan estos fieros elementos –y de hecho lo hacen– para abrirse paso hasta atentar contra la ciudad protegida por Santa Rosa, la representación del Estrecho bajo ese paradigma resulta absolutamente funcional al realce y al brillo del triunfo de la empresa cristiana.

El objetivo de la travesía de ingleses y holandeses, finalmente, no se cumple. El virreinato y su capital resisten y triunfan por sobre las fuerzas contenidas en la representación del Estrecho mismo: “el Holandés, al ver la numerosa/ guarnición del Callao tan resuelta,/ al mar, aguas abajo, dio la vuelta.” (XII, oct. 88). La lucha se ha dado, paralelamente, en el cuerpo de la Santa “armada de silicios” (XII, oct. 2), donde “Rosa la única esperanza/ de Lima, en sus conflictos y temores” (XII, oct. 9) ha sido determinante en el resultado.

Cabe agregar, como último detalle, que los elementos del Estrecho en la escritura misma del poema, a su vez, han adoptado la contextura de sus imágenes. En efecto, las descripciones del Estrecho en *Santa Rosa de Lima*, comparadas con las descripciones de Miramontes en *Armas antárticas*, se ciñen al lugar de una boca cuya capacidad de decirse se ha enangostado, y cuyas imágenes se han vuelto ciegas. De uno a otro poema, la ceguera más dramática está en la desaparición de la representación de los indígenas en las costas del Estrecho. En *Santa Rosa de Lima*, la representación del *locus diabolicus* magallánico, a diferencia del de Ecuador y del territorio araucano, se encuentra ya sin “mediadores” indígenas. Luzbel, así, se encuentra en posesión exclusiva del espacio austral.



## BIBLIOGRAFÍA

- Adorno, Rolena. *Colonial Latin American Literature: A Very Short Introduction*. New York: Oxford University Press, 2011.
- Ercilla, Alonso de. *La Araucana*. Edición de Isaías Lerner. Madrid: Cátedra, 2002.
- Firbas, Paul. “Fracaso, derrota y épica: las poblaciones del Estrecho de Magallanes (1584-1587)”. *Iberoromania* 58, 2003. 126-137.
- . “Geografía antártica y el nombre del Perú”. *La formación de la cultura virreinal II. El siglo XVII*. Karl Kohut and Sonia Rose, eds. Madrid: Iberoamericana, 2003. 265-288.
- . “El cuerpo mutilado y el género épico en la colonia”. *Libro de homenaje a Luis Jaime Cisneros*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2002. 832-846.
- . “Armas antárticas y la poesía épica colonial”. *Cuadernos Hispanoamericanos*, 655, 2005. 31-36.
- . “Gallardas damas: Lima colonial como ciudad-mujer”. *Hostos Review/ Revista Hostotiana* 3, 2005. 256-267
- Lefebvre, Henri. *The Production of Space*. Malden: Blackwell, 1991.
- Livon Grossman, Ernesto. *Geografías imaginarias: el relato de viajes y la construcción del espacio patagónico*. Buenos Aires: Beatriz Viterbo Editora, 2003.
- Martinic, Mateo. *Historia del Estrecho de Magallanes*. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1977.
- Miramontes Zuázola, Juan de. *Armas antárticas*. Estudio, edición crítica y notas de Paul Firbas. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú. Colección Clásicos Peruanos, 2006.
- Moses, Bernard. *Spanish Colonial Literature in South America*. London, New York: Hispanic Society of America, 1922.
- Ortiz Sotelo, Jorge. “Nuevos detalles sobre la expedición de Spilbergen en la Mar del Sur”, *Derroteros de la Mar del Sur*, 18-19, 2010-2011. 97-119.
- Oviedo y Herrera y Rueda, Luis Antonio (conde de la Granja). *Vida de S[anta] Rosa de Santa María, natural de Lima y patrona del Perú*. Poema heroyco. Madrid: Juan Garcia Infançon, 1711. BNP, IEH, BCPUCP
- Pigafetta, Antonio. *Primer viaje en torno del globo*. Buenos Aires, Espasa Calpe, Argentina S.A., 1943.
- Sarmiento de Gamboa, Pedro: *Viaje al estrecho de Magallanes*. Vol. 1, 2. Buenos Aires, Emecé Editores S.A., 1950.
- Vargas Ugarte, Rubén S.J. *Historia general del Perú*. Lima: Editor Carlos Milla Batres, 1966.

Vélez Marquina, Elio. “Rosa de Indias: discursividad criolla y representación simbólica de la comunidad de Lima en *Vida de Santa Rosa de Santa María del Conde de la Granja* (1711).” Lima: Tesis Pontificia Universidad Católica del Perú, 2010. Web. 8 abril 2019.